E.—Alto ahí! No para tanto. ¿No acabáis de decir con ingenuidad que os honra, que si os habéis entregado á las especulaciones filosóficas, no conocéis perfectamente la historia? Pues si ello es así: ¿con qué derecho condenáis una edad que no conocéis sino por los esclamaciones inconscientes y maliciosas de una turba de filosofastros prevaricadores? Decidme, por vida vuestra, ¿conocéis al Conde de Montalembert?

F.—No sólo le conozco sino también le amo y le respeto.

E.—Pues bien, Montalembert escribió una preciosa historia de Santa Isabel de Hungría; y á pesar de ser, por desgracia, *católico liberal*, publicó como prefacio á la obra, un largo discurso histórico sobre la Edad Media en el que se declara de plano en plano partidario de ella. Yo os remito á él para que os vuelva el calor al cuerpo.

F.—¿Es posible? Pues os prometo no acostarme esta noche antes de haberle leído y meditado muy bien. Hasta mañana.

LECCION DECIMA CUARTA

SUMARIO

Reconcíliase nuestro filósofo con la Edad Media.—Sentencia de Cervantes contra los corruptores de la historia.—Voltaire y los suyos.—La crítica moderna condena á los volterianos.—Felipe II.—La Inquisición.—Montaña.—García Rodrigo.—Menendez Pelayo.—Vuélvese á la Encíclica.—Causa profunda de la revolución contemporánea.— Proceso de la Reforma protestante.—La revolución francesa.—El derecho nuevo.—Sus principios fundamentales.—Su breve refutación.

LECCION DECIMA CUARTA

FILÓSOFO.—No sin bochorno me presento á vos, amigo mío, por la momentánea exaltación y ardimiento con que en nuestra última conferencia me atreví á hablar contra la *Edad Media* á la cual aludísteis, como alude León XIII en su Encíclica.

ECUATORIANO.—Cierto que yo eché de menos en ese instante la calma olímpica y la moderación verdaderamente filosófica que os distinguen; parecíame que no erais vos mismo, y que un espíritu extraño se había apoderado de todo vuestro organismo, para vibrar centellas de fuego por los ojos y dardos matadores por la lengua.

F.—Qué queréis? *Homo sum: nihil a me alienum puto.* Efectos son estos muy tristes y muy vergonzosos de las falsas preocupaciones y de la ignorancia, que extravían la razón y pervierten el recto criterio de las cosas. Hoy reconozco que os debo una satisfacción cumplida, y, puesto que tenéis tanto celo por los intereses de la verdad, pienso que la mejor será *cantar la palinodia* en vuestra presencia.

E.—Albricias, amigo mío, albricias! ¿Es decir que os declaráis en favor de la *Edad Media?*

F.—Así como suena: y con toda la sinceridad de mi alma, y con todo el entusiasmo de un neófito. Como os lo prometí al despedirnos, no me retiré á mi lecho antes de haber recorrido, de principio á fin, el cuadro histórico de la Edad Media trazado por Montalembert en la Vida de Santa Isabel de Hungría.

E.—Y bien ¿qué os pareció él?

F.—¿Qué había de parecerme? Leíle con interés siempre creciente, le saboreé, le digerí y os aseguro que todo él se me ha convertido en muy provechosa sustancia. Ya os dije en la anterior conferencia que entregado exclusivamente á las puras especulaciones filosóficas, no había hecho hasta hoy ningún estudio histórico; y por lo mismo mis juicios sobre los siglos precedentes no estaban fundados sino en las mentiras, en las calumnias, en las declamaciones apasionadas de esa turba infinita de protestantes, racionalistas, volterianos, novelistas y articulistas enemigos de la Iglesia y de la sociedad, todos los cuales me parecen ahora verdaderos corruptores de esa gran fuente de los conocimientos prácticos, la *Historia.* Ahora me indigno contra mí mismo y me reprendo esa pueril credulidad y candor con que he aceptado, como exactos y verdaderos, los falsos testimonios de los ignorantes y de los perversos.

E.—Sobrada razón tenéis, amigo mío: y yo pienso que todos los hombres de talento y buena voluntad, como vos, debieran por lo menos levantar un grito de execración, que resona-

se en todo el mundo contra esos infames impostores y públicos envenenadores de esa que llamáis, con muy justa razón, fuente preciosa de los conocimientos prácticos, la *Historia.* Ya en su tiempo aquel poderoso ingenio español Miguel de Cervantes, hablando de los historiógrafos apasionados y calumniadores, decía que *ellos habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa....* Tanta era la indignación en que estallaba su pecho leal y generoso!

F.—Mayor sería hoy ella, si viviese aun aquel famoso manco: porque ciertamente no sé explicar, menos comprender, la inconsecuencia de los hombres, de la cual también yo he sido víctima. Todos sabemos que aquel desdichado patriarca de la incredulidad moderna, Voltaire, no armó á sus viles prosélitos sino de la mentira y de la calumnia, diciéndoles sin cesar, y en todos los tonos posibles: *Mentid, mentid y calumniad; que algo queda siempre de la mentira y de la calumnia:* todos sabemos que aquellos cómplices del crimen, fieles al precepto de su maestro, se apoderaron de la prensa para propalar y difundir en toda la tierra mentiras y calumnias contra Cristo y su Iglesia, contra la Verdad y el Bien, al grito infernal de esa blasfemia horrible: "Aplastad al Infame".... y sin embargo, ¡oh humana miseria, oh pecado espantoso! los volterianos han de ser los jueces inapelables de la historia para tantos escritores frívolos, para tantos literatos impíos, para tantos periodistas ignorantes, para tantos hombres graves, para tantos católicos candorosos!....

E.—Ah, caro filósofo, este prestigio de los perversos es para mí un misterio de iniquidad

que sólo él me prueba la existencia de un espíritu maléfico que fascina y ciega á los hombres con los resplandores siniestros del infierno. Por fortuna, como la lucha del bien y del mal ha de terminar necesariamente con el triunfo definitivo del bien, porque éste es eterno; espero que no muy tarde la verdad histórica recobrará el lugar que le corresponde, y la filosofía volteriana quedará entregada al más profundo olvido y justísimo descrédito.

F.—Muy consolador es esto: mas ¿en qué os fundáis para pensar así?

E.—Fúndome desde luego en vuestra misma pronta y sincera conversión. Yo digo, si la sola lectura del discurso de Montalembert ha sido suficiente para llevar á vuestro espíritu tan saludable desengaño; ¿qué no debemos esperar de todos los hombres de buena fe, si se emprende un estudio serio y sostenido de la historia en sus fuentes puras y legítimas? Pues bien, esto puntualmente hacen hoy los verdaderos sabios. La misma intemperancia de la crítica moderna redunda á maravilla en pro de la verdad. A la prueba. ¿Qué no han dicho, por ejemplo, los escritores volterianos de Francia contra el Papa Inocencio III? Pues hoy, como observa Montalembert, los trabajos de los historiadores protestantes de Alemania, Juan de Muller, Wilken y Raumer han rendido por fin homenaje al genio y virtudes de este gran Pontífice; y más tarde, Mr. Hurter, en su *Historia de Inocencio III y de sus contemporáneos*, ha levantado á su gloria y á la de la Iglesia un monumento que merece la gratitud de todos los amigos de la verdad. ¿Con qué hiel y veneno, con qué furor y desesperación no han escrito contra Felipe II los dramáticos novelistas y escritorzuelos de pacotilla, demagogos? Apenas hay memoria de Rey más maldecida y execrada. Pues hoy D. José Fernández Montaña preséntase en la escena con un libro intitulado *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, desafía á todos los calumniadores, compulsa todos los documentos auténticos y devuelve la honra merecida á aquel monarca bajo cuyo gobierno España dominó serena y majestuosa las más altas cumbres de la gloria. ¿Qué diré del santo Oficio, de la Inquisición? Con rabia y venganza verdaderamente propias de criminales y delincuentes que aborrecen de muerte la justicia, los tribunales y jueces han hacinado todos los elementos y recursos de la exageración y de la calumnia para arrojar en las hogueras de un odio encarnizado é inexorable la memoria, por tantos títulos veneranda, de la misma Inquisición, del santo Oficio: y tanto han logrado con esto los impíos, que casi no hay hombre honrado que no tenga en este punto ideas inexactas ó torcidas. Pero últimamente D. Francisco Javier García Rodrigo publica su "Historia verdadera de la Inquisición," en tres competentes volúmenes; saca en ellos á luz muchísimos documentos auténticos, y prueba victoriosamente cuán exagerados é insubsistentes son los cargos hechos al santo Oficio en nuestros días. Nada digo de aquel portento de erudición y de sabiduría, de aquella gloria singularísima de España, de aquel amabilísimo joven MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, el cual en su maravillosa "Historia de los Heterodoxos españoles" arrostra sereno las más